

UNA GOTA DE ROCÍO

Enrique Gil y Carrasco

A mi amigo D. José María Ulloa

Gota de humilde rocío
delicada,
sobre las aguas del río
columpiada.

La brisa de la mañana
blandamente,
como lágrima temprana
transparente,
mece tu bello arrebol
vaporoso
entre los rayos del sol
cariñoso.

¿Eres, di, rico diamante
de Golconda,
que, en cabellera flotante
dulce y blonda,
trajo una Sílfide indiana
por la noche,
y colgó en hoja liviana
como un broche?

¿Eres lágrima perdida,
que mujer
olvidada y abatida
vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño
que murió
y que el materno cariño
demandó?

¿O el gemido de expirante
juventud,
que traga pura y radiante
el ataúd?

¿Eres tímida plegaria
que alzó al viento
una virgen solitaria
en un convento?

¿O de amarga despedida
el triste adiós,
lazo de un alma partida
¡ay!, entre dos?



Quizá tu frágil belleza,
quizá tus dulces colores,
tus cambiantes y pureza,
y tu esbelta gentileza,
tus fantásticos albores,
son imágenes risueñas
de contento y de ventura,
son citas de una hermosura,
son las tintas halagüeñas
de alguna mañana pura.

Que acaso bella te alzaste
entre el cantar de las aves,
y magnífica ostentaste
tu púrpura y oro suaves,
y con ellos te ensalzaste;
que acaso en cuna de flores
viste la lumbre del día,
y blando soplo de amores
te llevó una noche umbría
en sus alas de colores
y en la rama suspendida
de un almendro floreciente
oíste trova perdida,
en el perfumado ambiente
por los ecos repetida.
Ruiñeñor enamorado
cantaba encima de ti,
y junto al tronco arrugado
oíste un beso robado
a unos labios de rubí.

Misterios y colores y armonías,
encierras en tu seno, dulce ser,
vago reflejo de las glorias mías,
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa
y tu espléndida gala tan fugaz,
que es un vapor tu púrpura vistosa
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,
de tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,
ni más recuerdo que mi triste amor.

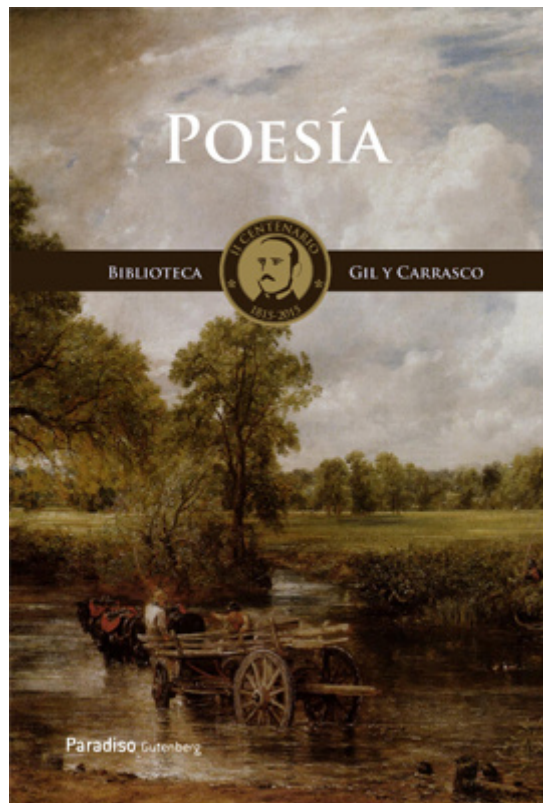
Si tu vida fue un soplo de ventura,
si reflejaste el celestial azul,
no caigas, no, sobre esta tierra impura
desde tu verde tronco de abedul.



Pídele al sol que con su rayo ardiente
disipe por los aires tu vivir,
o a un pájaro de pluma reluciente
que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,
para trocar en lodo tu beldad;
tú, más baja que espíritu del cielo,
más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,
cual blanco mensajero de oración,
que sólo el verte la esperanza inflama
y alienta al quebrantado corazón.
Quizá al pasar un ángel solitario
te cubrirá con su ala virginal...
si caes envolverá frío sudario
tu forma vaporosa y celestial.



Información: mail@paradiso-gutenberg.com

Ebook *Poesía*: <http://ebooksbierzo.com/>

Todo sobre el II Centenario de Enrique Gil en:

<http://www.bibliotecagilycarrasco.com/>